

mente en cada uno de los integrantes de la familia, para estallar al final de un modo abrupto haciendo emerger traumas reprimidos en cada uno de ellos, evidenciando la falaz armonía familiar.

A veces, no es necesario recurrir a explicaciones sobrenaturales para hacernos descubrir que no vivimos en el mejor de los mundos. En *Ausentes* (Daniel Calparsoro, 2006) se pone en escena dos planos de una misma realidad, o más bien dos miradas sobre un determinado espacio: la del personaje interpretado por Ariadna Gil, una alta ejecutiva con problemas mentales, y la del resto de los felices habitantes de una urbanización que la cámara de Calparsoro convierte en inquietante al vaciarla de gente, metáfora de la incomunicación y la falsedad tan habituales en estos lugares repletos de gente en verano.

Las huellas (terribles) de lo real emergen de improviso en el paisaje, como los agujeros de bala de la guerra civil que los personajes del último film de Marc Recha (*Dies d'agost*, 2006) encuentran en sus paseos por el campo. También en el cine contemplativo, que se deja llevar por los meandros de lo aleatorio, discurrendo por senderos poco transitados, puede surgir de improviso un destello de lo verdadero, la piedra más buscada. Es ahí cuando la duración del plano socava la opaca apariencia de las cosas, y que aquel frenesí del montaje en los films más beligerantes oscurecía todavía más.

La violencia, de la que habíamos querido alejarnos al principio de este artículo, en busca de la quietud de un cine sosegado, nos encuentra de nuevo, de la misma forma como el personaje de la muerte en *El séptimo sello* (Ingmar Bergman, 1957) sorprendía a los comensales en plena celebración hedonista. La muerte, la más insondable de las violencias, acecha en cada plano, como si en la duración del mismo, al vaciarse de la acción que le es propia, anidara la semilla de su propia destrucción, anticipando un final abrupto. Sensualidad y violencia se hallan inextricablemente unidos en el abrazo de los dos amantes de *Hiroshima mon amour* (Alain Resnais, 1959), donde la explosión nuclear precede a la eclosión del amor en un hotel anónimo. Durante el abrazo amoroso, el sudor perla la piel desnuda en un recuerdo macabro de las altas temperaturas que abrasaron otras pieles, otras historias. Cine bélico y cine pacifista son géneros reversibles. Los buenos narradores saben, y con ellos el espectador, que narrar consiste en dosificar los momentos de calma y los momentos álgidos, la plenitud y el vacío, a pesar de que, como dije al principio, el cine actual se empeña en desbordarse por los extremos.

NOTA

¹ Ver para más detalles en la crítica a "Piratas del mar Caribe 3" firmada por Gonzalo de Pedro, *Cahiers du Cinema* nº 2, p. 41.

E ESPACIO ATLÁNTICO

JUAN-MANUEL GARCÍA RAMOS

Por la mitología, la historia y la literatura y la cultura en general, Canarias pertenece a una comarca cultural no estrictamente española, sino atlántica.

En ese sentido, los canarios se han preguntado cómo podrían definirse mejor desde el punto de vista cultural. ¿Acaso con su mirada puesta en el interior, o viéndose proyectados en el exterior que han sido (nosotros y los otros) capaces de generar con sus sueños, con sus viajes, con su espíritu comercial o su capacidad innata de relacionarse con otros pueblos?

Según el ex rector de la Universidad de Azores, el profesor e investigador Antonio Machado Pires, los archipiélagos de Azores, de Madeira, de Cabo Verde y de Canarias son una mezcla incierta de vulnerabilidad y dependencia. Un espacio anímico donde la geografía puede tanto como la historia, nos dice Machado Pires citando a su paisano Vitorino Nemesio.

La geografía los aísla, pero les abre las puertas de infinitas conexiones y entendimientos. La geografía también los marca: volcanismo, oceanidad, permeabilización cultural, emigración y dependencia económica y política.

Si pensamos en las raíces lingüísticas líbico-bereberes de la lengua hablada por los aborígenes canarios, si pensamos en las conexiones de los antiguos pobladores de la Cueva Pintada de Gáldar, en Gran Canaria, con las culturas cicládicas y de la Grecia arcaica —comprobadas a través de las venus, los esquematismos geométricos y los vasos troncocónicos con asas cuadrangulares de los restos de cerámica descubiertos, a través de los dibujos en espigas y en zig-zag, en damero o en triángulo, de los sellos de arcilla o pintaderas hallados en ese yacimiento del norte de Gran Canaria—, si pensamos además en nuestra disposición desde el siglo XV para incorporarnos a la cultura europea —mediante periodos como la

Ilustración de Viera y Clavijo; las corrientes científicas de fines del siglo XIX defendidas por publicaciones periódicas como la *Revista de Canarias*, *La Ilustración de Canarias* o el *Museo Canario*; o lo que supuso, dentro de los seísmos vanguardistas, la experiencia de *Gaceta de Arte*; o seguimos pensando en nuestras vecindades sociales, económicas, culturales y políticas con el continente americano; si hacemos ese recorrido no demasiado costoso, podemos concluir fácilmente que la catalogación de la cultura canaria como una más de las culturas de encrucijada del mundo no es nada inexacto.

En ese sentido, caben múltiples reflexiones sobre esa tendencia nuestra, de nuestros antepasados remotos o cercanos, a apropiarnos, a dialogar, con la cultura del “otro”.

Por ejemplo, dentro de la vocación atlántica aludida, entre Canarias y América se han dado curiosas circunstancias. Hemos hablado en otro lugar de cómo fuimos –canarios y americanos– confundidos por la mitología, primero, y hasta por la historia y la política, posteriormente, y luego por la literatura y la cultura en general.

Para griegos y latinos, todo lo que se encontraba al otro lado de las Columnas de Hércules era un mismo enigma. Y así soñaron con su desciframiento. La lista de estas adivinaciones es larga, Homero, Hesiodo, Platón, Séneca...

Muchos autores excavaron en esas originales fantasmagorías y espejismos y, a medida que la ciencia náutica progresó, fueron acomodando las meras palabras, los simples presagios, a las cosas de la realidad.

En esa dinámica, la precisión descriptiva acercó paulatinamente el mito a la certeza, como tenemos oportunidad de comprobar en un pasaje de las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla (siglo VII d.C.) sobre las Islas Afortunadas y su relación con Canarias: “Las Islas Afortunadas nos están indicando, con sus nombres, que producen toda clase de bienes; es como si se las considerara felices y dichosas por la abundancia de sus frutos... Están situadas en el océano, en frente y a la izquierda de Mauritania, cercanas al occidente de la misma, y separadas ambas por el mar” (*Etimologías*, XIV, 6, 8-10).

Ocho siglos más tarde, las descripciones de Isidoro de Sevilla las retomará Colón en su *Relación del Tercer Viaje* (1498):

“Algunos gentiles quisieron dezir por argumentos, que él (el Paraíso) era en las islas Fortunate, que son las Canarias”.

La historia, la literatura en general y la literatura narrativa en particular son, sobre todo, un ejercicio de la memoria. Muchas veces de la memoria personal del creador y, otras tantas veces, de la memoria colectiva de la que ese creador se siente parte. Asimismo poseemos una memoria genética que no nos deja surgir de la nada. Una memoria repleta, según Jung, de “imágenes primordiales de carácter universal”. Desde que nacemos reside en nosotros un patrimonio referencial heredado.

¿Qué es un “imaginario”? Un repertorio de imágenes simbólicas que pueden aparecer en una literatura. La imagen reorganiza y aúna las culturas después de su extinción, mantuvo siempre José Lezama Lima.

Cuando hablamos del “imaginario atlántico”, o de nuestra “atlanticidad”, nos referimos a una memoria colectiva compartida con otros pueblos vinculados al océano común; a una memoria colectiva habitada de mitos (“...el Mito –disfrazado, oculto, escondido– reaparece en casi todos los actos de nuestra vida e interviene decisivamente en nuestra Historia: nos abre las puertas de la comunión. El hombre contemporáneo ha racionalizado los Mitos, pero no ha podido destruirlos”, nos contó Octavio Paz en su *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, p. 190), de gestas, de rutas comerciales, de periodos de convivencia, de maneras de mirar al mundo y de descifrarlo, que ha generado modos cercanos de erigir fábulas, recreaciones de una realidad construida entre todos.

En ese sentido, el norteamericano Charles Olson (1910-1971, director del college experimental de humanismo, el “Black Mountain”, en North Carolina, desde 1951 a 1955), en su obra más importante, *The Maximus Poems* (véase la introducción que el profesor de la Universidad de La Laguna, Manuel Brito, en su trabajo *Un topos atlántico para el mitólogo*, La Laguna, Zasterle Press, 1989, hace a los poemas de Olson vinculados a las Islas Canarias), nos habla de una ciudad mítica, Gloucester, de una ciudad desmembrada en sus orígenes de África y viajera oceánica hasta las costas americanas. Olson no duda: “Sabéis, la propia Gloucester viene de las Canarias”.

Según Kevin Power (en su libro *Una poética activa*, Madrid, Editora Nacional, 1978, pp. 91-116), ex profesor también en La Laguna y estudioso de la obra de Olson, para el autor de *The Maximus Poems*, la idea de “geografía (cuerpo como lugar/cuerpo en un lugar) se acerca mucho a su mismo concepto de Historia (His/Story:Su/Historia): el hombre en su historia”.

Como ya advertimos, quizá más que de “Canariedad”, nosotros debamos hablar de “Atlantidad”, no como parte ni como herederos del fabuloso continente de Platón, sino como pueblo en perpetua proyección, como pueblo sensible y permeable a todo lo que circula por ese océano en particular.

Y no puede uno referirse al concepto de “Atlantidad” sin citar de nuevo a don Antonio Rumeu de Armas, el autor de *Canarias y el Atlántico*, la obra juvenil pero ambiciosa de nuestro autor.

Por ese Atlántico ha circulado la cultura occidental con todas sus consecuencias —el monoteísmo judeo-cristiano; la filosofía racionalista griega; el derecho romano—; ese Atlántico ha sido testigo de las reciprocidades euroamericanas y de las vinculaciones de África con el Nuevo y el Viejo Mundo.

De esa triangulación cultural y civilizadora los canarios somos hijos, lo queramos o no. Los patrones de nuestro pensamiento insular son tan vastos como plurales en sus esencias.

Hemos sido hijos de los mitos greco-latinos, de las fábulas medievales y de las ensoñaciones renacentistas.

El Atlántico ha sido un solar común y húmedo de pueblos distantes y diferenciados. El mismo Charles Olson lo describe en uno de los poemas traducidos por Manuel Brito: “los portugueses/ son medio fenicios (?)/ canarios/ cromañones./ Islas,/ hacia islas,/ promontorios/ y costas/ piedras/ megalíticas/ Estaciones/ en las costas/ y Sable/ Después Inglaterra/ una tierra/ agustina”.

Islas hacia islas: tráfico comercial y ajetreo de guerras y rivalidades: los personajes ruedan por escenarios que se miran.

Hay un atlantismo anímico poco estudiado: la remota sensación de los habitantes de un lado y otro del océano, y de los que nos encontramos en medio, primordialmente, de que fuimos soñados todos de una vez y con algún objetivo común que jamás hemos descubierto.

Un camino en el mundo —1994— (en edición española: Madrid, Debate, 1996, traducida por Francisco Páez de la Cadena) es una

obra desenvuelta de un autor veterano del género narrativo. Una obra de nuestros tiempos postmodernos que responde a una cuestión de apariencia elemental: somos lo que somos y lo que hemos sido.

En esa novela de V. S. Naipaul, un autor nacido en Trinidad, de origen hindú y con pasaporte británico en la actualidad, nos habla sin mediadores una voz desde el presente de su creación, y desde esa perspectiva desenfadada nos invita a regresar a algunas excelsas biografías, todas ellas desplegadas en las distintas riberas de la comarca cultural atlántico-caribeña.

Desde la parte americana, seres como Leonard Side se preguntan de qué padres o abuelos provienen, remontándose a sus arcanos, a la memoria de los seres de los que han de provenir, sin descartar que uno de los ancestros quizá resida en los grupos danzantes de Luknow, los lúbricos hombres que se pintaban el rostro e intentaban vivir como mujeres.

Junto a la trayectoria de Side, la de un gigante negro de piel suave y de hombros poderosos: Blair, trinidadiano, de temple oficioso, que terminará muriendo en el África de sus antepasados en una extraña misión diplomática; el escritor británico Foster Morris, que viajó y escribió sobre Trinidad; el activista Lebrun; el viejo Walter Raleigh, que regresa anciano a descubrir imposibles, o la biografía sorprendente de nuestro Francisco de Miranda.

La vida transcurre —en palabras del narrador y ensayista cubano Antonio Benítez Rojo— en esa cópula de Europa con las costas del Caribe, de la inseminación americana de sangre africana y asiática, entre la encomienda de indios y la plantación esclavista, entre la servidumbre del ‘coolie’ y la discriminación del criollo, entre el monopolio comercial y la piratería, entre el palenque y el palacio del gobernador: el parto del Atlántico.

Un camino en el mundo es un fresco multicultural, donde Canarias está por todas partes, junto a la Europa de todos los tiempos, África, por supuesto, y el Asia meridional.

Una vez más queda demostrado que las matrices culturales canarias no se encuentran al margen de la influencia española peninsular, pero sí van mucho más allá en su diversidad.

En nuestro trabajo, *Por un imaginario atlántico. Las otras crónicas* (Barcelona, Montesinos, 1996) trazamos un mapa literario de interfecundaciones metafóricas que se han dado entre las Islas

Canarias, entre sus creadores, y América y sus poetas, novelistas y dramaturgos. Un imaginar común, lleno de reciprocidades, dentro de las cuales se encuentran tanto los novelistas hispanoamericanos estudiados en esa primera entrega, Alejo Carpentier, Antonio Benítez Rojo, Abel Posse, Augusto Roa Bastos, como canarios de ayer, Anchieta, Silvestre de Balboa, Luis Melián de Betancurt, Graciliano Afonso, Tomás Morales, Mercedes Pinto, Francisco Izquierdo o canarios de hoy como Josefina Plá, José Antonio Rial, Nivaria Tejera...

En ese libro, continuaba, por el lado literario, lo emprendido por el ya citado Antonio Rumeu de Armas en su libro monumental sobre *Canarias y el Atlántico*, aparecido en los años 1947-1950, en su primera edición, con el título de *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias*. Para nosotros Rumeu de Armas es el Braudel del Atlántico.

Los autores ya estudiados en el libro *Para un imaginario atlántico* y los pendientes de analizar, en parte aquí señalados, hablan de Canarias y de América como un territorio unimismado en lo físico y en lo espiritual, como antes lo hicieron la mitología greco-latina, la historia escrita por Fray Bartolomé de las Casas, la Europa del Renacimiento o las cortes de los Reyes Católicos o de Felipe II.

Los mitos clásicos de la unidad de los mundos allende las Columnas de Hércules, siguen vivos para algunos creadores; se persiste en establecer relaciones interhumanas a través del lenguaje y de las imágenes literarias. La literatura y las artes en general son sistemas simbólicos capaces de poner en relación culturas diferentes y de reinterpretarlas bajo otro punto de vista.

NOTA

El texto sirvió de base para la improvisada intervención del doctor García Ramos en el Ateneo de La Laguna el día 22 de septiembre de 2004 en el ciclo "Macaronesia: culturas del mismo azul".

Para todo lo referente a la bibliografía sobre el concepto de "Atlanticidad", nos remitimos a la incorporada al final del libro *Por un imaginario atlántico*, ya citado, y en *Atlanticidad*, La Laguna, Tenerife, Altasur, 2002.



P POESÍA GALLEGA CONTEMPORÁNEA EN MADRID: EL GRUPO BILBAO

XAVIER FRÍAS-CONDE

MADRID Y LA LITERATURA EN LENGUA GALLEGA

La presencia de escritores en gallego en Madrid es tan antigua como la propia literatura gallega surgida en el llamado período del *Rexurdimento* ("resurgimiento") del siglo XIX, para lo cual basta tener en cuenta que la propia Rosalía de Castro residió durante un tiempo de su vida en la capital de España. Pero ella no es la única representante de las letras gallegas que ha residido en Madrid, bastantes de los escritores del siglo XX han residido una parte de su vida en esta ciudad: Celso Emilio Ferreiro, Xosé Luís Méndez Ferrín, Uxío Novoneyra, Manuel Rivas, entre otros.

Por tanto, es evidente que Madrid tiene un peso en la historia de la literatura en lengua gallega, aunque este peso no es generalmente reconocido. En cualquier caso, Madrid ha desempeñado y desempeña un papel crucial en el desarrollo de la literatura en lengua gallega, cuya importancia ha de ser reconocida en algún momento sin prejuicios políticos, puesto que Madrid ha sido el lugar de acogida de muchos escritores que por múltiples razones tuvieron que pasar periodos concretos de su vida en él.

El grupo Bilbao no es, pues, un momento aislado dentro de la presencia ininterrumpida de escritores en lengua gallega en Madrid, sino que el salto de siglo ha sido y es el momento de este grupo de escritores que por circunstancias muy diversas viven en Madrid.

No obstante, el grupo Bilbao tiene una serie de características que lo convierten en digno de estudio. Se trata de unas características de tipo social y literario que a lo largo de estas páginas trataremos de exponer. Quisiéramos, pues, reivindicar que